

La expresión artística en la educación del deficiente mental*

ISABEL DIAZ ARNAL

Aunque pudiera parecer, a los profanos en la especialidad, una incongruencia el título de este trabajo, dada la dificultad de armonizar en su comprensión la posesión de una inteligencia deficitaria con lo que parece una superabundancia de la actividad personal, las manifestaciones artísticas, vamos a tratar de demostrar que no existe antagonismo alguno entre ambas facetas y, además, que ambas están estrechamente ligadas en el proceso evolutivo de la persona del niño, redundando en provecho de éste la ejercitación artística que ejecuta y a la que se entrega con gusto.

Entendemos que la expresión artística, cualquiera que sea su modalidad, dibujo, pintura, modelado, trabajos manuales, en general, no es sino un lenguaje comunicado o puesto de manifiesto a través de una actividad gráfica o plástica. El niño nos dice algo en estas formas de expresión y nosotros podemos comunicarle también cosas empleando ese lenguaje expresivo.

Hacemos alusión al contenido expresado por el niño como niño y no como pintor o artista; a la personalidad infantil con sus resonancias anímicas y corporales, espontáneamente manifestadas en la obra gráfica y consecuencia de una realidad existente. No nos referimos a la personalidad artística o estética que hacen referencia, directa o indirectamente, a formas de hacer que constituyen modelos exteriores al niño y, por lo mismo, carentes de esa espontaneidad radical de las realizaciones infantiles. Los niños no dicen de los dibujos de los demás ni de los suyos que pertenecen a un estilo o escuela artística; los alaban o desprecian porque están bien o mal hechos, sin más. Es el adulto el que les atribuye parecido con formas de pintar o dibujar consagradas en el arte o tachadas de extremosas.

Este va a ser el plano en que nos movamos para tratar, en nuestro caso, del deficiente mental en sus realizaciones gráficas peculiares y en

concordancia con su persona, para deducir de ellas el valor y eficacia aprovechables en pro de su educación. En aras de la síntesis y para mayor claridad centraremos en tres puntos principales el desarrollo del artículo abarcando el contenido total del mismo.

1. ¿Es posible al deficiente mental la expresión artística?

2. ¿Cómo se expresa el deficiente mental desde el punto de vista artístico?

3. ¿En qué sentido colabora la expresión artística del deficiente mental a su mejora personal?

1. ES POSIBLE EN EL DEFICIENTE MENTAL LA EXPRESION ARTISTICA

Si la actividad gráfica, base de toda expresión artística, fuera el resultado de un ejercicio intelectual, un fruto de la inteligencia de modo exclusivo, desde este momento afirmariamos la imposibilidad de expresión por parte del deficiente, dada su limitación tajante en su potencial intelectual. Pero afortunadamente es accesible a la expresión artística porque toda función gráfica tiene un origen corporal y, en sus primeras manifestaciones, refleja la actividad motriz todavía difusa del brazo y de la mano.

En efecto, la expresión gráfica, lo mismo en sus realizaciones que en su condicionamiento, está estrechamente ligada con el desarrollo del niño. Esta expresión surge en el niño como respuesta a la necesidad que él siente de representarse las cosas de forma espacial y plástica y no solamente a la manera verbal, ideal y abstracta que le es habitual cuando empieza a hablar.

La expresión gráfica se origina por el gesto o movimiento que el niño realiza y que deja huella cuando encuentra una superficie capaz de registrarlo. Por ello, si el niño del primer año de vida, encontrase en su postura sedente o tumbado un soporte que resistiera a sus movimientos incontrolados de manos y pies, un soporte que le hi-

* Conferencia pronunciada por la autora en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, dentro del cursillo organizado por *El Magisterio Español* sobre «Nuevas técnicas de la educación artística infantil» para celebrar el centenario de su revista.

ciera resistencia, sería capaz de expresarse gráficamente porque se da la condición material externa para producir rastro o huella del gesto o movimiento infantil.

Ahora bien, junto a la materialidad de la existencia de una superficie registradora de esas huellas trazadas en el aire, son necesarias otras dos condiciones imprescindibles para que el niño se exprese gráficamente: la aptitud motriz, por una parte, y el equilibrio corporal del niño, por la otra. Del mismo modo que sin soporte donde trazar huellas no hay expresión, tampoco será posible, si el niño carece de la aptitud motriz o de movimiento necesaria y del equilibrio corporal suficiente que le permite mantenerse firme al trazar esos movimientos.

Y justamente por esta triple condición, soporte, aptitud y equilibrio de origen es por lo que la expresión gráfica más elemental o primaria en su comienzo refleja los ritmos motrices habituales del niño, puestos de manifiesto por trazos sueltos o continuos, radiales o concéntricos, angulosos u ondulados; característica importante por cuanto ya dan una idea del ritmo personal intermitente o continuado, desigual o constante, como lo dará más tarde la forma de trazar la escritura.

La actividad artística es, al principio, una función de origen corporal sin valor social, puesto que refleja solamente un deseo de movimiento, el libre juego de la actividad muscular en el cual el niño no comunica nada a los demás, pero se adiestra en el aspecto motriz. Si cabe, es expresión de sí mismo en lo que el ser tiene de activo. Es significativo, sin embargo, que los primeros garabatos, sin sentido intencional, expresión de la actividad motriz, todavía difusa del brazo y de la mano, coinciden y se simultanean con los primeros balbuceos, que no son aún lenguaje sino un adiestramiento inconsciente del niño en los movimientos de articulación y fonación que más tarde cuajarán en lenguaje comprensible propiamente dicho.

Esta simultaneidad de la actividad gráfica y lingüística, con base corporal común, se mantiene después en la evolución progresiva del desarrollo psíquico y ambas se convierten en función social cuando esa actividad motriz difusa se enriquece con las experiencias de la vida afectiva más rica y la ampliación del mundo, consecuencia de la vida de relación. El niño se desplaza él solo y puede entrar en contacto con muchos más objetos y espacios y, al mismo tiempo, se relaciona con más personas por el lenguaje; ahora, su expresión quiere decir algo, su actividad gráfica comunica intencionalmente una idea o una cosa.

Sus gestos gráficos no son una huella vacía sino que simbolizan la manifestación de sus vivencias corporales y anímicas para que los demás las conozcan; es ya una función social.

El niño produce las dos huellas: la sonora o balbuceo y la gráfica o garabato; y aunque la primera le es más útil porque le sirve para alcan-

zar de los que le rodean la satisfacción de sus necesidades primarias de alimentación, de aseo y compañía, es una huella pasajera porque el sonido emitido desaparece, después de haber servido de llamada de ayuda. Por el contrario, la huella gráfica está muerta y no le proporciona utilidad alguna a su persona, pero permanece como una realidad frente al niño que se destaca de él y se siente atraído por ella. Entonces, para darle una vitalidad que no tiene, el chico pronuncia sonidos inteligibles o no, al mismo tiempo que garabatea, como queriendo dotar a esa realidad muerta, pero permanente, con la vida de la huella sonora que pasa inmediatamente o que se pronuncia, si no halla un eco que la prolongue durante algunos segundos.

Manifestaciones de la expresión gráfica o artística

El niño gusta de expresarse con las materias o instrumentos que están a su alcance y se siente interesado por diferentes motivos según su edad y la convivencia asidua con las personas que le rodean. Así pues, antes de los tres o cuatro años, siente placer por la manipulación de materias líquidas y viscosas, con las que mancha cualquier superficie directamente mediante su mano. Para él son buenas lo mismo el agua que chapotea en un recipiente o lavabo como el caldo o papilla del plato de sopa, la leche que vierte o hasta el propio orin que evacua, cuando aún no controla sus esfínteres ni regula automáticamente la satisfacción de sus necesidades naturales.

No utiliza ningún instrumento intermedio, es su mano la que produce directamente *la mancha*, que el niño considera como algo vivo; la cuartilla o espacio, en donde embadurna con sus manos mojadas, no es para él un soporte vacío a rellenar con dibujo sino un objeto móvil que se le da vida manchándolo. Incluso cuando se toma un pedazo de pan mojado o un bizcocho humedecido en leche o espolvoreado con azúcar los gestos o movimientos que ejecuta con las manos, manchando su cara, vestidos y objetos o muebles próximos a él, son similares a los que más tarde trazará cuando dibuja o pinta con pinturas o lapiceros en el cuaderno o cuartilla; por todo ello se consideran como las primeras huellas de expresión las derivadas del ciclo alimentario en las que el niño mancha sus manos, cara y cuerpo.

Esta manipulación directa de sustancias la abandona, a pesar suyo, porque la habituación a la limpieza y corrección progresiva a que le someten los adultos que lo educan le privan de ellas y entonces sustituye aquéllas por el empleo de estilos que dejan una huella lineal—trazo—que es abstracción de la mancha; lapiceros, pinturas, carboncillos, ceras, etc., son los instrumentos manipulados para dar salida a la expresión gráfica del niño.

El trazo, huella gráfica que deja el instrumento manejado por el pequeño, resulta de tres factores principales que lo condicionan:

- Del aprisionamiento firme del instrumento por parte del niño.
- De la estabilidad del soporte que registra la huella.
- De la flexibilidad del cuerpo, especialmente del brazo, mano y espalda.

Mediante el trazo el niño delimita las figuras como un cerco que las engloba o como *acumulación* de trazos que las rellena. Pero lo mismo en un caso que en otro los movimientos son idénticos y solamente las huellas diferentes producidas se deben al diferente instrumento empleado.

Por otra parte, independientemente de las figuras que se trazan, el empleo de instrumentos como medio de expresión deja ver en su trazado los ritmos corporales característicos de la persona que los ejecuta, pudiéndose observar la tendencia a trazos sueltos o continuos, radiales o concéntricos, angulosos u ondulados, extremo de gran importancia para el conocimiento de la personalidad de que se trate.

En cuanto a la *manera de agarrar el instrumento*, es decir, a la forma de tomar el lápiz, pinturas, etc., para expresarse artísticamente, el niño pasa también por tres modos característicos hasta hacerlo normalmente a la edad de cinco años aproximadamente. Estas son:

1.º *A pleno puño*, que es simple reflejo (suele presentarse hasta cerca de tres años).

2.º *Predominio de la palma*, dejando sólo fuera de la mano la punta que traza la huella gráfica, con presión desproporcionada (de cuatro a cinco años).

3.º *Toma normal*. Utilización de los dedos pulgar, índice y medio, como el adulto. Por el manejo del instrumento sobre una hoja de papel como elementos más simples el niño produce las figuras mediante trazos, siendo éstos los materiales-tipo, o sea, los elementos fundamentales del grafismo posteriores a la mancha; ésta es la cosa viva, aquéllos no son elementos vivos sino representación de la realidad.

Resumiendo, el proceso de la actividad gráfica desde sus comienzos hasta el momento en que verdaderamente el dibujo tiene su significación propia como función social pueden destacarse los tres hitos siguientes: *trazos corporales, anteriores a la mancha*, en relación directa con el ciclo alimentario del niño; antes de andar a gatas o sentado en silla adecuada el niño es capaz de manchar y mancharse con la comida, ejecutando los mismos movimientos que más tarde empleará al manejar lápices o pinturas; *la mancha, precedente del garabato*, producida por la manipulación de sustancias líquidas o viscosas y con los mismos gestos motrices que los anteriores; después, *el garabato*, realizado con estilos sobre superficies, que es una manifestación de la actividad muscular, con lo que se completa la

base orgánica característica del dibujo o expresión artística que es, originariamente, una función corporal.

El espacio donde tiene origen la expresión gráfica es la esfera de extensión de los órganos corporales en movimiento, cuyos radios son los brazos y piernas; el núcleo interno de esa esfera lo constituye la musculatura, que es un espacio activo antes de ser espacio óptico; la superficie del cuerpo es el primer plano de experiencia activa y las áreas socializadas del desarrollo del grafismo están constituidas por los planos tangentes a la esfera de origen, que son verticales u horizontales según los diversos planos de elevación donde se apoya el cuerpo: pared, muros, rejas o asientos, techos de cuna, suelos, etc.

Expresión artística

a) *Originariamente es una función corporal* que atraviesa los siguientes momentos, estrechamente ligados a la evolución personal del niño:

- *Trazo corporal*, mancha con comida su propio cuerpo y objetos próximos.
- *Producción de manchas* con materias líquidas manipuladas directamente, sin instrumento intermedio.
- *Garabato*, realizado con instrumento y que manifiestan actividad muscular difusa, pero sirven de adiestramiento motriz de brazo y mano.

La *primera superficie* registradora de huellas es el *cuerpo del niño*.

El *espacio donde se origina la actividad expresiva* es la esfera de extensión descrita por los brazos y piernas en movimiento.

El *espacio antes de ser óptico es activo*; es decir, el niño se expresa corporalmente, con la actividad en movimiento de sus músculos, hasta que adquiere un dominio visual del espacio para representar en él objetos.

b) *Posteriormente es una función social*, de comunicación; a esa función corporal originaria e imprescindible se añaden elementos intelectuales y afectivos que la enriquecen y convierten en función significativa de valor social por estar intencionalmente realizada como lenguaje expresivo para los demás.

Precisamente por esta dualidad de aspectos encerrados en la expresión artística es por lo que se puede hablar de ella en el deficiente mental. Si solamente consistiese en actividad de orden superior que implicase una dosis intelectual clara y determinante de sus posibilidades de manifestación sería una actividad vedada al retrasado mental por su incapacidad radical desde el punto de vista de la inteligencia. Pero, afortunadamente, por tener una base orgánica enraizada en los planos profundos de la personalidad somática, no sólo es posible al menos dotado mentalmente sino que su expresión artística presenta

características peculiares dignas de atención porque revelan no pocos detalles de la personalidad de estos niños.

El deficiente mental tiene posibilidad de expresarse artísticamente por ser esta actividad una función de origen corporal con base orgánica y en la que desempeña un papel predominante la actividad motriz. Ahora bien, el hecho de que sea accesible a la expresión no significa que se exprese como el niño normal, ni en el tiempo ni con la propiedad que lo hace el chico dotado de un nivel intelectual medianamente normal.

2. ¿COMO SE EXPRESA EL DEFICIENTE MENTAL DESDE EL PUNTO DE VISTA ARTISTICO?

El niño deficiente, al representar gráficamente su mundo, pone de manifiesto el retraso que le afecta o el desequilibrio afectivo que le perturba, la inestabilidad psicomotriz que no le deja sosegar; deja ver en sus realizaciones las preferencias de los dos sexos y las distintas características que imprimen las afecciones de epilepsia, los trastornos nerviosos de todo tipo y las perturbaciones de carácter. Vayamos por partes.

El deficiente mental en su expresión muestra su retraso en el desarrollo gráfico; en efecto, la expresión gráfica, como función de origen corporal, aparece más tardíamente en esta categoría de niños, de la misma manera que presentan un retraso en el desarrollo motriz y en el del lenguaje, funciones las tres que se desenvuelven paralelamente en la vida del niño normalmente desarrollado.

El deficiente mental no anda ni habla ni se expresa gráficamente a la misma edad que lo hace un niño que no sufre retraso intelectual alguno, sino que pasan uno o más años de la edad característica en que la aparición de dichas actividades tiene lugar. El retraso en la expresión se observa porque sus etapas gráficas se hallan desfasadas en el tiempo de manifestación y son diferentes en el contenido de su representación.

Existen tres etapas o fases del desarrollo gráfico comprendidas entre los tres y doce años como límites inferior y superior de la evolución expresiva. Cada una de ellas tiene una significación especial y las tres están muy relacionadas entre sí; el nervio de la evolución gráfica está en que, a lo largo de toda ella va cambiando el centro de significación que mueve al niño a expresarse; y mientras al principio representa objetos externos vistos por él, en el último momento la expresión representa objetos o conceptos que el niño crea en su interior y no como mero reflejo o copia de lo real.

Primera etapa, de dos a cuatro años, en que la expresión obedece exclusivamente a un interés muscular, sin representación alguna; segunda

etapa, de cinco a ocho años, con esquematismo de figuras y objetos, es decir, con el mínimo de elementos para ser reconocidos en lo esencial, representación simbólica de la realidad y con visión analítica predominante. El niño dibuja lo que sabe de los objetos, no lo que ve. Tercera etapa, de nueve a trece años, en la que se perfecciona el trazado, se reproduce la realidad como se ve, predomina la síntesis y aparece la representación perspectiva.

En deficientes, la primera fase funcional no se da hasta los cinco a ocho años como término medio; la segunda entre los nueve y catorce, y se observan muchas más imperfecciones que no se abandonan, con perseveración o estereotipia de modelos. La tercera de las etapas comienza de once años para arriba, de forma vaga e indeterminada, sin que lleguen al límite nunca, con progreso lento en la representación real de los objetos pero sin dominar ni comprender la perspectiva y con errores de orientación y situación espacial de figuras y objetos.

La representación del espacio que en el normal comienza siendo nula, pasando después a situar todo en una línea de base y culminando en la distinción de planos proporcionando el contenido de lo expresado a las situaciones de cerca, lejos, primer plano o plano de fondo, en el deficiente no se da más que la línea de base, sin distinguir racionalmente tamaño de figuras en relación con edificios, árboles, etc., que entren en la composición representada.

Características de la expresión artística en los deficientes es la transparencia de interiores, dejando ver a través de muros, escenas familiares, los miembros del cuerpo se traslucen bajo los vestidos, las vísceras en el interior del cuerpo de animales y los mecanismos de motores en vehículos y medios de comunicación; *la disposición plana con personajes tumbados*, porque no son capaces de escorzos ni posturas en perspectiva. *Recubrimiento de espacios*, cuando quiere ocultar algo evitando un daño o perjuicio; *es expresión sentida, vivencial y finalista, sin suposición lógica alguna*, sino con explicitación detallada e intuitiva de todos los elementos que componen la representación y con una *gran riqueza afectiva* que la potencia en su efecto de expresión viva y aguda.

El normal evoluciona hacia una expresión más elaborada intelectualmente y por lo mismo más lógica, abstracta y fría, a pesar de su perfección. En el deficiente se detiene en la fase subjetiva, egocéntrica y de sentidos, más cálida y concreta y con una fuerte dosis de manifestación del instinto de conservación en todos los motivos que se representan.

Por lo que se refiere a los elementos de que se sirven para hacerse entender en sus realizaciones artísticas echan mano de *la línea como elemento material o marco fundamental* de todo lo que construyen: con rayas indican los elementos naturales agua, fuego, aire, luz del sol

o de faros y con una pareja de rayas representan los caminos, las escaleras o los cercados. *El elemento activo* son los rasgos del rostro de personas o animales que desempeñan un papel principal y también los miembros activos que ejecutan una acción primaria se destacan en tamaño y modalidad, sin diseñar los de papel secundario o reducidos a la mínima expresión dentro del conjunto. *Elemento complementario* son los letreros que acompañan, a veces, las representaciones gráficas, para dar expresión a los ruidos que no tienen corporeidad tangible (truenos, sonido del reloj, etc.).

En cuanto a la materialidad del trazado, el deficiente presenta en sus realizaciones una gran falta de coordinación motriz o de movimientos, bastante asimetría en la integración de elementos en figuras y objetos; también es frecuente observar inversión en la localización de partes en el ensamblaje de miembros en la figura humana, cambios de orientación y sentido de trazos a causa de sinistralidad o zurdería de los sujetos, que tienen dificultad para orientarlos correctamente en el espacio y también se dejan ver en sus expresiones trazados angulosos, estereotipados o recargados que acusan el ritmo personal trasplantado materialmente en su actividad gráfica.

Por último, y dentro de la categoría general de deficiencia mental, se deja entrever para determinados sectores de la misma unas peculiaridades que individualizan formas bien marcadas; los oligofrénicos o deficientes mentales puros se expresan de forma parecida al normal, aunque más débilmente pero en general sus figuras y objetos no son chocantes en su trazado. Los que además de retraso mental están afectados de perturbaciones caracteriales, muestran una fantasía abundante y un recargamiento de motivos al tratar cualquier tema, que les hace disparatados en ocasiones y dan una visión totalmente alejada de la realidad que se les muestra. Los niños que sufren de inestabilidad psicomotriz o de trastornos nerviosos, como tics, ataques o crisis, rodean a sus figuras de un zigzag representativo que jamás aparece en manifestaciones artísticas de niños deficientes carentes de esta afección nerviosa.

Es característico de los epilépticos la expresión de figuras y objetos naturales y artificiales en el sentido de la vertical y una rigidez y perseveración del modelo hasta la saciedad, además de la tendencia al amontonamiento o acumulación, reuniendo en poco espacio, un montón de cosas iguales y muy juntas en masa, detalle que también se observa en su escritura espontánea o copiada con exceso de ligaduras entre palabras y renglones. Los sexos se expresan también de forma radicalmente distinta, presentando las niñas una clara subjetividad emocional frente a la fría objetividad de los niños, enfrentados ambos con el mismo tema; las primeras expresan con frecuencia repercusiones de

afectividad interna, de sentimientos, mientras los segundos se afanan por manifestar actividades exteriorizadas, sin reflejar apenas el aspecto afectivo emotivo que las mismas pudieran acarrear.

En definitiva, el deficiente sabe expresarse según su psicología y a través de los medios y formas que su mentalidad concreta le presta. Nos queda, en último término, por destacar si esa expresión que le es accesible le reporta algún provecho para su mejora personal.

3. ¿EN QUE SENTIDO COLABORA LA EXPRESION ARTISTICA DEL DEFICIENTE MENTAL A SU MEJORA PERSONAL?

Son tres los motivos principales por los que la entrega del deficiente mental a las actividades artísticas repercute paulatinamente en su rehabilitación personal: en primer término, porque se habitúa al control de sus movimientos y a verificar sistemáticamente la coordinación viso-manual. En segundo lugar, porque con el desarrollo de su expresión artística y de su actividad gráfica en general se le orienta espacial y temporalmente, lo que le proporciona una mayor seguridad personal y un conocimiento más consciente del mundo y de las personas. Finalmente, porque la ejecución de realizaciones artísticas es, para el deficiente, como para el normal, un medio de evasión de situaciones angustiosas y le ayuda a la estabilización progresiva de su inquietud motora.

En efecto, para que el niño se exprese de la forma más elemental ha de dominar las condiciones mínimas sin las cuales no puede darse huella gráfica; y justamente los ejercicios parciales de agilidad manual, de flexibilidad de su brazo, mano y muñeca, le están adiestrando simultáneamente junto con el placer que va experimentando al poder pintar monigotes, casas, árboles, etc. Y además de esta habituación en el control de movimientos imprescindibles en diversas direcciones, con superficies acotadas a rellenar, con plantillas variadas a repasar o perfilar, a las que luego colorea o pinta directamente con pinturas, se opera una recuperación del psiquismo progresivamente creciente: se acostumbra a inhibir movimientos espontáneos que le estropearían sus realizaciones y a los que llega a dominar con gusto; se hace menos frecuente la fatiga por el interés que le despierta la actividad y llega a vencerla; se concentra y estabiliza la atención que antes fluctuaba sin fijarse en nada o haciéndolo solamente de forma instantánea; adquiere la responsabilidad pequeña, pero cierta, del proceso de un trabajo con aplicación consciente de su potencial manual y afectivo.

Esto sería bastante de por sí para mostrar la eficacia de la expresión artística en favor de la recuperación personal del deficiente. Pero aún hay algo más importante. El juego de sus manos en la ejecución habitual de movimientos no tiene sólo el valor externo de destreza manual, sino que entraña un valor psicológico interno de seguridad personal para el que lo realiza.

El deficiente mental es inseguro a causa de la torpeza personal que le distingue. Su inseguridad nace del temor a lo que desconoce, a lo que no sabe hacer y a la actitud negativa de las personas que le rodean sin comprenderle. En tal situación está perplejo, teme no salir con éxito de cualquier tarea y entonces se niega e inhibe, no hace nada y se sumerge en una pasividad que le empeora y está disgustado. Cuando se le ejercita en las actividades gráficas, para las que cuenta con su potencial manual está aprendiendo a orientarse en el espacio y en el tiempo, al seguir un orden y un ritmo a lo largo de la jornada.

La seguridad personal tiene dos puntos de apoyo básicos; o bien se está seguro porque se encuentra uno cerca de la persona que en un momento determinado puede ayudarnos a salir del apuro, llámese trabajo, estado de ánimo, situación problemática, peligro o temor y con su consejo nos ayuda y nos estimula a proseguir o emprender la actividad; o se siente uno seguro porque la actividad que ejecuta le proporciona esa atmósfera de seguridad que va acompañada de satisfacción interior y de afirmación de la persona.

Pues bien, al deficiente le tenemos que acostumbrar poco a poco a sentirse seguro, porque solamente cuando se disfruta de un ambiente de seguridad irradiado por la persona que le educa o por el trabajo que realiza, es cuando el aprendizaje tiene efectividad; para crear la situación automática de repetición con adelantamiento o avance progresivo es necesario que esa actividad que se ejecuta esté rodeada de una atmósfera securizante. Y podemos someterle a ejercicios todavía desconocidos y en fase de adquisición asegurándole en el trabajo con nuestra compañía alentadora, o podemos ausentarnos temporalmente de su lado, si le hacemos trabajar en actividades que ya aprendió, que le gustan y le suministran esa seguridad personal de la que tiene necesidad todo ser humano.

Y la forma de comportarse según esté dominado o no por la inseguridad es tan antagónica

que, a mayor inseguridad se da una menor autonomía y autodominio de su persona, mientras que la seguridad permanente lograda en el sentido apuntado le hacen cada vez más independiente en el ejercicio de sus actividades de vida diaria y capaz de rendir un servicio, aunque sea sencillo, a los demás.

También el hábito de expresarse artísticamente le permite dar salida a no pocas situaciones de tensión emotiva que descarga pintando escenas violentas o poco factibles de manifestar por la coacción social que obliga a dominar actitudes que inquietan y disgustan por ser vividas; la agresividad, desfogada en escenas truculentas; la precocidad sexual dibujada en animales o figuras resuelven estados dolorosos de perturbación, sin otra complicación que la puesta al exterior de algo que atormenta o preocupa por dentro.

Finalmente, cuando el deficiente mental se expresa artísticamente, con su simplismo pero con su realidad, está experimentando la satisfacción inestimable de que crea cosas y personas de ese mundo que le quedaría muy lejano o inaccesible si sólo pudiera captarse y vivirse con la inteligencia en su más alta evolución. El deficiente tiene la consciencia en sus manos y por ellas comprueba, como por sus sentidos, la vida toda que se le brinda. Y corrientemente está acostumbrado a escuchar de los que le rodean que «no sirve para hacer nada», que «no puede hacer nada»; y cuando comprueba que el entrenamiento paciente le ha permitido aflorar su capacidad manual y de hacer con perfección, en muchos casos, y en todos con caudal afectivo incomparable, el sentimiento personal de sí mismo sufre una evolución positiva de afirmación que le pone en disposición permanente de seguir intentando actividades sin desfallecer en el empeño, porque la creación anterior le alienta en el camino.

Termino con las palabras de Flattich: «No debe suponerse que el hecho de no poseer una gran inteligencia y el aprender dificultosamente equivalga a tener cerrado el acceso para conquistar grandes posibilidades en la vida. Existen sujetos que precisan una considerable paciencia y que pueden ser "animados" por virtud del amor y de la atención.» Y esto y no otra cosa es lo que hace el educador especializado cuando sabe aprovechar la expresión artística del deficiente en favor de la rehabilitación personal del mismo.